





BELLA AMAPOLA



Juan Antonio González Cejas

BELLA AMAPOLA



Primera edición: marzo 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan Antonio González Cejas

ISBN: 978-84-18250-02-6

ISBN digital: 978-84-18250-03-3

Depósito legal: M-6764-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedicado a ella, la mujer que me cautivó con su mirada.



Introducción

Estimado lector, esta es una pequeña aventura cuyo telón de fondo se resume en cuatro palabras: amor, amistad, lealtad y justicia. Esta historia llena de grandes emociones se ambienta entre finales del siglo XVII y principios del XVIII. Para ayudarnos a comprender los acontecimientos, deberemos prestar atención a los detalles, pues siempre debemos tener en cuenta que las cosas no siempre son lo que parecen.



Capítulo 1

Londres, año 1715

La ciudad amaneció con una sensación de tranquilidad. Acontecimientos importantes habían tenido lugar en los pasados días, cuando algunos nobles acusaron al sobrino del Rey, Jorge I de Gran Bretaña, de su implicación en la rebelión contra la Corona, aunque no se pudiese probar nada. Emmaline, Duquesa de Kingston y cuñada del Rey Jorge I, junto con su hijo, se vieron forzados a abandonar Londres, trasladando su residencia a la ciudad austriaca de Viena. El Rey había sembrado ciertas dudas sobre su sobrino en relación a su posible implicación, por lo que este renunció a todos los cargos a su servicio para limpiar su honor.

Los que no se salvaron fueron algunos nobles detenidos y acusados por conspiración a la corona. Se les condenó a muerte y fueron ahorcados. El desencadenante fue la alianza formada por el Sacro Imperio Romano Germánico, el Reino de Francia, las Provincias Unidas de los Países Bajos y el Reino de Gran Bretaña. Habían formado una alianza política contra el Reino de España.

El Rey Felipe V se opuso rotundamente al cumplimiento del convenio de Utrecht de 1713, relativo a las antiguas posesiones de Italia y los Países Bajos.

Otro acontecimiento importante sucedido en aquellos días fue la triste e inesperada muerte de la Condesa Beatriz, prometida del sobrino del Rey. Era una joven de extraordinaria belleza y muy

querida por todos, tanto nobles como plebeyos. No resultó extraño que el fallecimiento de la joven Beatriz consternara a prácticamente toda la ciudadanía de Londres. Muchos fueron los comentarios al respecto cuando unos meses atrás formalizaron su compromiso, en los que se decía que su madre y Condesa de Edimburgo le había hecho prometer antes de morir que se casaría con el sobrino del Rey. Los enlaces por conveniencia eran algo habitual en la época.

*

Justin sostenía una taza de té entre sus manos mientras miraba por la ventana de su despacho, situado en el segundo piso de una de las principales calles de Londres. Era una mañana fría y lluviosa de finales de diciembre. El calor de la estufa le proporcionaba un cálido ambiente dentro de la estancia. Observaba desde su ventana el ir y venir de los carruajes; pese a tenerla cerrada, se escuchaba levemente el sonido de los cascos de los caballos. Permanecía allí en silencio, ya que quería tomar unos momentos para pensar antes de continuar con su libro. Sentía que las ideas no fluían en su cabeza.

Uno de los coches le llamó la atención al detenerse bajo el portal del edificio. No le habría dado demasiada importancia de no ser porque destacaba sobre los demás.

«Pertenece a alguien de la nobleza» —pensó.

La puerta del carruaje se abrió, y un misterioso señor bajó de este. Iba vestido con un traje de un negro lúgubre, capa y un sombrero de copa. Este entró en el portal mientras Justin se quedó observando aquel carruaje. El cochero permanecía subido sujetando las riendas de aquellos cuatro caballos blancos hasta que el sonido de varios golpes en la puerta de su estancia distrajo su atención. Dejó la taza que sostenía sobre la mesa de su despacho y abrió la puerta; era la misma persona que momentos antes se había bajado del carruaje. Se quitó el sombrero y le saludó amablemente.

—¿Es usted Sir Justin Brown?

—Así es. ¿A qué debo el placer? —quiso saber Justin.

—El Barón de Chamarel me ha pedido que le transmita su deseo de conocerlo. Le ha enviado su carruaje para que lo visite en «Elba», su palacio.

Se tomó unos segundos antes de contestar.

—Acepto la invitación. Será un gran honor para mí conocer a tan distinguida persona. Enseguida bajo. Le ruego me dé unos minutos.

Justin Brown era un afamado escritor londinense con un físico particular. Su estatura apenas alcanzaba el metro y medio. No era calvo, pero poseía unas grandes entradas. De su rostro resaltaba un fino bigote y unos grandes ojos saltones, cuya mirada transmitía bondad, belleza y alegría a sus semejantes. A sus cuarenta y cinco años había publicado media docena de libros, cuyo género literario eran las novelas románticas.

El misterioso hombre esperaba junto al carruaje. Entretanto, Justin preparó una pequeña maleta donde metió una muda de ropa, su cuaderno de apuntes y las plumas de escribir. Apagó las velas que tenía sobre la mesa del escritorio, se puso su abrigo, se colocó el sombrero de copa y tomó su paraguas negro. Abrió su puerta y desde allí echó un vistazo a la estancia, asegurándose de que todo estuviera en perfecto orden. Seguidamente cerró con llave y bajo a la calle.

Aquel hombre misterioso, amablemente, abrió la puerta del carruaje para que este se subiera. Justin se acomodó en su asiento; un latigazo de la fusta del cochero en el aire hizo que los caballos comenzaran a trotar. Momentos después, Londres, con sus calles y edificios, comenzaron a quedar atrás. Fue un viaje a través de caminos rodeados de grandes prados verdes. Multitud de campesinos transitaban el mismo recorrido. Algunos a pie y otros con carretas cargadas de víveres o con objetos para comerciar en la gran ciudad.

Justin se preguntaba cuál sería el motivo por el que requeriría su presencia. Lo único que sabía de él es que, semanas atrás, el Barón de Chamarel había anunciado que abandonaba Inglaterra

lugar en el que disponía de una cantidad considerable de tierras. Al parecer su ausencia iba a ser bastante prolongada. Se marchaba a su lugar de residencia a la Isla de Mauricio, situada en África Oriental, donde poseía una mansión en un lugar llamado «Chamarel». Este redactó sendas cartas para la veintena de campesinos a los cuales se les había arrendado las fincas para comunicarles la decisión de que el Barón renunciaba durante los próximos ocho años a percibir cantidad alguna de los beneficios obtenidos. Las personas que las trabajaban eran familias muy humildes que agradecieron profundamente su generosidad. Algunos no pudieron contener las lágrimas, mientras otros insinuaron que era un enviado del cielo. Lo cierto es que en las más altas esferas de la sociedad inglesa no vieron con buenos ojos aquel gesto, pues muchos de ellos poseían tierras y los campesinos que trabajaban para ellos habían empezado a exigir derechos sobre los campos de cultivo.

Un amplio camino recto, de unos cincuenta metros, llevaba a la puerta principal del Palacio de Elba, donde grandes robles formaban un pasillo a lo largo y ancho, que había que atravesar hasta el final para poder ver un imponente palacio de color blanco marfil, cuyas esquinas torneadas en forma de plantas trepadoras se alzaban al cielo. Llamaba la atención su tejado, ya que este se inclinaba desde fuera hacia el centro, donde sobresalía una cúpula de cristal en forma de círculo y justo en medio un gran pico de bronce de unos dos metros de altura.

El carruaje se fue acercando a la entrada, cuyo frente era ocupado por un jardín. Contaba con una amplia variedad de flores, como jazmines, rosas, lirios, gardenias y alisos de mar. El aire transportaba un auténtico carnaval de fragancias que, ya desde dentro del carruaje, se percibía con gran intensidad. El cochero ordenó con voz potente a los caballos que detuvieran su paso y estos se pararon frente a la entrada. Conforme salió su acompañante, desplegó una pequeña escalinata y, seguidamente, abrió la puerta del lado donde se encontraba Justin. Nada más bajar del carruaje una persona llegó a su encuentro. Por su aspecto debía tratarse del mayordomo.

—Buenas tardes, sir Brown —saludó educadamente—. Bienvenido al Palacio de Elba. El Barón le espera.

Echó a andar dos pasos por detrás, intentando captar cada detalle. Traspasó la puerta y recorrieron un enorme pasillo, en el que grandes cuadros de paisajes decoraban las paredes. Seguidamente, pasaron a una estancia donde se podían ver algunas relucientes armaduras, cotas de maya, espadas, ballestas, arcos y escudos decorados con la figura de un león rojo. Tenían marcas de uso, como si ya hubieran sido utilizados en alguna batalla. Salieron a un pasillo en el que, al final, una puerta permanecía cerrada. El mayordomo se situó frente a ella. Justin no dejaba de observar todo cuanto le rodeaba porque le colmaba de un gran entusiasmo. Permanecía tan abstraído que no se había percatado de que el mayordomo le esperaba. Cuando llegó a su altura, abrió la puerta. Aquel lugar era una enorme habitación llena de estanterías cargadas con una gran cantidad de libros. Fijó su mirada en una amplia mesa y, en medio de esta, un gran sillón ocupado por una persona que sostenía un libro entre sus manos. Parecía concentrado en la lectura, tanto que ni siquiera se dio cuenta de la presencia de ambos.

—El señor Justin Brown ha llegado.

Este se sobresaltó levantando su mirada. Dejó el libro sobre la mesa y se puso en pie dirigiendo sus pasos hacia él.

—Sir Justin Brown. He leído todas y cada una de sus novelas —cuando llegó a su altura, se quedó mirándolo unos segundos.

No tenía nada que ver con la imagen que Justin se había hecho del Barón. Era un hombre joven, vestido con camisa de seda blanca, pantalón negro y calzado con unas relucientes botas de montar a caballo. Tenía el rostro ovalado, cabello ondulado marrón oscuro y los ojos castaños cuya forma de mirar denotaba seguridad en sí mismo.

El Barón se sentía verdaderamente emocionado de verlo y, después del cordial recibimiento, le dio las gracias por aceptar su invitación.

—Como puede comprobar, me deleito con la lectura —dijo mientras levantaba su mano derecha señalando a su alrededor—.

Sir Brown, no se imagina el honor que es para mí conocerle. Es usted uno de mis escritores favoritos.

—Eso me llena de júbilo.

Permanecieron recorriendo la estancia, conversando como si se conocieran de toda la vida. El Barón mostraba una gran capacidad intelectual, lo cual no era de extrañar por la gran cantidad de libros que poseían aquellas estanterías como enciclopedias de ciencias, física, astronomía, medicina, economía, etc.

—Antes de que llegara, sir Brown, leía sobre Galileo Galilei. ¿Sabía usted que fue acusado por la inquisición romana de herejía por defender la teoría de Copérnico? Al afirmar que la tierra giraba alrededor del sol...

—Sí, y estaba en lo cierto, como se demostró a posteriori —contestó Justin.

—Creo que en esos tiempos no había cabida para los visionarios. —dijo el Barón con una leve sonrisa.

Justin fijó su mirada con curiosidad en un escritorio de madera de roble, sobre el que había un grueso libro de color negro. Este preguntó de qué trataba.

El Barón tomó el libro, en cuya portada se podía leer *La Alquimia y sus Secretos*. Lo abrió y comenzó a hablar sin leer, como si de alguna forma recitara de memoria el contenido del libro, mientras Justin lo observaba.

—¿Sabía usted que el pez globo posee un veneno tan potente que, con un miligramo de este, puede matar a una persona adulta? Actúa sobre los músculos de la respiración, paralizándolos y provocando la muerte por asfixia.

Justin seguía atento a sus palabras, mostrando gran interés y expectación ante sus explicaciones.

—Cuentan que los chamanes de una tribu de Perú utilizan el veneno de este pez. Lo mezclan con otras sustancias desconocidas para someterse a un estado de muerte aparente durante unas horas. Ralentizan el corazón de tal manera que se hace imperceptible. Al parecer, lo hacen para conectar con los espíritus del pasado. Estará

de acuerdo conmigo en que los pequeños misterios de la vida hacen que esta sea más interesante.

—Totalmente de acuerdo, señor de Chamarel. Lo desconocido siempre resulta intrigante.

Cerró el libro y lo volvió a colocar sobre el pequeño escritorio.

—Espero que tenga hambre. Ya va siendo hora de cenar —dijo mirando a Justin con cara afable.

Pasaron al comedor. Una gran mesa cubierta por una gran multitud de frutas, carnes asadas de pollo y cerdo que aguardaban junto a varias jarras de vino tinto para el deleite de los comensales.

El anfitrión conversaba de una forma cordial con su invitado. Le preguntaba si ya había comenzado a escribir alguna otra novela. Justin, con gran entusiasmo, comenzó a hablarle sobre el proyecto de su nuevo trabajo, el cual dejó en el aire algunas pistas y muchos interrogantes. El Barón le escuchaba mostrándose expectante y en algunas ocasiones esbozaba una sonrisa.

—Estoy deseando leer su próxima novela.

—Me complace que el señor sea un fiel admirador mío.

Se hizo el silencio entre ambos. El Barón miró la copa en la que bebía y, con la yema del dedo índice comenzó a hacer un círculo sobre la parte superior del fino cristal. Su interlocutor interpretó aquello como la ausencia de su mente por un fugaz pensamiento. Levantó la mirada de la copa mirando a Justin.

—Espero que lo que le voy a proponer no interfiera en su vida profesional.

—¿Qué puede hacer por vos un humilde escritor como yo?

—Usted ha contribuido al bienestar de mucha gente y yo admiro a las personas altruistas. Sé de buena fe que destina gran cantidad de sus ingresos para habilitar escuelas.

—No todas las que quisiera —contestó.

—Corren tiempos difíciles, mi querido Justin, pero yo al igual que usted me considero un filántropo. Es por ello que necesitaría de su colaboración.

—Le escucho. ¿Qué puedo hacer por vos?

El Barón llamó a su mayordomo. Al acercarse, le susurró a este algo en voz baja y seguidamente se retiró. No pasó más de un minuto en que apareciera el hombre que hacía unas horas lo había recogido en Londres para traerlo al Palacio de Elba. Traía consigo unos documentos en su mano que puso sobre la mesa. Luego el Barón se dirigió a Justin.

—Es la escritura de propiedad del Castillo de Bradford que os confío a vos.

—Sois muy generoso, pero no puedo aceptarlo.

—Imaginaba que esa sería vuestra respuesta, pero cuando termine de deciros lo que os quiero proponer, quizá cambiéis de opinión.

Justin había oído hablar de la marcha del Barón y cuánta generosidad había repartido entre los campesinos. Sin embargo, a él su trabajo le proporcionaba lo suficiente para vivir modestamente. ¿Para qué necesitaba él un castillo?

—Verá, sir Brown, es usted un hombre de bien y de gran bondad. Hay mucha gente en este país con muy pocos recursos, pero estas personas merecen la misma igualdad de oportunidades que cualquier otra. Es por esto por lo que me gustaría que el Castillo de Bradford se transformara en una universidad donde cualquiera que lo desee pueda estudiar. Sé que es usted la persona idónea y sé que será capaz de realizar tal tarea.

—Pero yo no sabría cómo. Además, haría falta una gran cantidad de dinero.

El Barón cogió su copa, tomó un sorbo de vino y se quedó mirándolo pensativo unos segundos antes de comenzar a hablar.

—¿Serán suficientes ciento cincuenta mil libras?

Justin tragó saliva intentando asimilar lo que estaba escuchando. ¡Un castillo y ciento cincuenta mil libras!

Se preguntaba cómo una persona tan rica como él se interesaba tanto por hacer el bien a las personas más humildes.

—Este gesto os honra, milord. Pienso que la enseñanza es un derecho que no se puede negar a nadie y puedo asegurarle que volcaré todos mis esfuerzos en este proyecto.

—Le estoy muy agradecido. El castillo cuenta con cuatro empleados. Con el dinero que os entrego, por favor hágase cargo de pagar sus honorarios.

—Cuenta con ello, que así se hará.

—Entonces, sellemos nuestro acuerdo. ¿Le gusta el brandy español? —dijo con una amplia sonrisa.

—No suelo beber, pero creo que la ocasión lo merece.

Ambos se pusieron en pie, dando por terminada la cena. El Barón se acercó a él y, cortésmente, le indicó con su mano la dirección a seguir mientras andaban a la par. Entraron en un salón cubierto por unas gruesas vigas de madera de roble, donde tres grandes lámparas circulares de bronce, con una veintena de velas cada una, proporcionaban una gran cantidad de luz. En el suelo, junto a una chimenea que permanecía encendida, había una extraordinaria alfombra persa. Se podría decir que todo en su conjunto hacía del salón un lugar bastante acogedor.

Justin, por indicación del Barón, tomó asiento en un confortable sillón mientras este vertía un poco de brandy en las copas, y luego le acercó una a sus manos, sentándose frente a él. Ambos tomaron un sorbo y dejaron sus copas en la pequeña mesa que tenían situada en el centro.

—Le considero una persona inteligente, sir Brown, y sé que se plantea ciertos interrogantes. ¿Me equivoco?

—Está usted en lo cierto.

—Bien. Primero he de pedirle si puedo contar con su total discreción.

—Por supuesto. Puedo prometerle que nada de lo que diga saldrá de este salón.

—Entonces voy a intentar arrojar un poco de luz. Todo se resume en tres interrogantes: quién, por qué y cómo. Comencemos por quién. Estos acontecimientos que os voy a relatar tuvieron lugar hace ya algún tiempo.

*

Esta es la historia de un niño de diez años llamado William Dalmiel. Era el único hijo de una humilde familia de campesinos. Un muchacho alegre y trabajador que se levantaba el primero para dar de comer a los animales antes de ir a la escuela, situada en el pueblo a pocos kilómetros de su casa. Era el primero en llegar y el último en salir, siempre desbordaba a la maestra con sus preguntas, y hasta que no le aclaraba sus dudas no quedaba satisfecho. El caso es que mostraba interés en todas y cada una de las materias que estudiaba.

Al regresar cada tarde a casa y después de hacer los deberes del cole, ayudaba en la cocina a Daisy; así se llamaba su adorable madre. Tampoco le faltaba tiempo para echar una mano en las faenas del campo a Adam, su querido padre que ahorraba todo cuanto podía para que cuando William fuera mayor pudiera estudiar en la universidad y se convirtiera en una persona respetable. Cada noche, después de cenar, los tres se sentaban junto a la chimenea mientras su padre les leía alguno de sus libros. A su madre le gustaban aquellos que contaban con una pequeña dosis de romanticismo. Otras veces, Adam leía alguno de aventuras para su hijo haciendo que los ojos del pequeño brillasen con gran entusiasmo al sentirse el héroe de aquellas historias. Luego, al irse a la cama, soñaba con ser alguno de aquellos protagonistas. Se veía enfrentándose a un villano, o se creía un caballero sobre un blanco corcel presentando batalla y luchando ferozmente contra sus enemigos. Si el libro trataba de piratería, él se imaginaba ser uno de ellos. Incluso dando órdenes a los marineros, insultándolos en sueños. «¡Malditos perros sarnosos! ¡Disparad los cañones y preparaos para el abordaje!».

Se había hecho una espada de madera y algunas tardes se iba a jugar con los niños de las tierras vecinas. Luego regresaba a casa magullado, contando sus batallas y sintiéndose orgulloso de sus hazañas. Su madre lo reprendía cariñosamente mientras le curaba las pequeñas heridas. Su padre, por otro lado, lo amenazaba con no

leerle más historias, aunque el pequeño en una semana olvidaba las amenazas de su padre y volvía a las andadas. Fue una época muy feliz para el pequeño William.

Aquel año la cosecha no había sido todo lo buena que se esperaba. Marlon, Duque de Bradford, cada año exigía una mayor contribución. Este poseía gran cantidad de tierras y aquella era una de ellas.

Una tarde, el pequeño regresaba del colegio como cada día, pero no sabía que lo que estaba a punto de ocurrir iba a cambiar el resto de su vida. Varias carretas se encontraban frente al granero, cargadas con la mayor parte de la cosecha de ese año. Una media docena de soldados del Duque, algunos a caballo y otros a pie, estaban situados frente a la puerta. William presintió que algo no iba bien y echó a correr hasta la casa. Al llegar a la altura de los soldados que se encontraban fuera, se detuvo. Estos lo miraron con total indiferencia. Se acercó a la puerta, que permanecía abierta, y, al entrar, vio a su padre dando gritos, blasfemando con desesperación mientras varios de los soldados lo retenían sujeto a una silla. William miró a su alrededor para comprobar dónde estaba su madre, pero no la veía y, sin pensarlo dos veces, cogió un tronco de madera de la chimenea y se abalanzó sobre los soldados que retenían a su padre. El tronco impactó directamente en la nariz de uno de ellos, mientras que al otro le propinó un mordisco en el brazo, lanzando este un grito de dolor. Su padre vio la oportunidad para zafarse de sus captores. Pero los soldados que permanecían fuera escucharon el escándalo y, apenas Adam había caminado unos pasos, cuando estos entraron reteniéndolo nuevamente. Uno de ellos propinó un puñetazo en la mejilla a William que lo hizo caer de espaldas. No sentía dolor. La ira se había apoderado de él y se levantó rápidamente hasta que uno de los soldados lo volvió a empujar, cayendo de bruces al suelo, momento que otro de ellos aprovechó para agacharse poniéndole la rodilla en la espalda, dejándolo boca abajo y con su pecho sobre la fría superficie. William apenas podía respirar debido a la presión que el soldado ejercía sobre él.

Además, lo tenía con una mano en la cabeza, apretando su lado derecho de la cara contra el suelo, aunque esto no le impedía seguir retorciéndose y luchando.

La puerta de la habitación de sus padres se abrió y una persona salió de ella. Era un hombre bastante corpulento, y en su cara se dibujaba una cicatriz que le cubría desde el pómulo hasta la comisura del labio. Todavía llevaba los pantalones a medio subir. Aquel hombre fijó su mirada en el pequeño:

—¿Quién es este mocoso?

—Suponemos que es su hijo, sir Denson —dijo uno de los soldados.

El padre seguía sujeto a la silla, retenido por varios hombres que le impedían moverse, hasta que comenzó a calmarse. Los soldados relajaron la fuerza que ejercían sobre Adam, que vio la oportunidad para quitárselos de encima. Con gran rapidez, cogió el tronco de madera que permanecía en el suelo y que anteriormente su hijo había utilizado. Adam arremetió contra la cabeza de sir Barnett Denson. La golpeó con tal intensidad que hizo que se tambalara antes de desplomarse sobre el suelo. Su rostro estaba cubierto de sangre y tardó varios minutos en recuperar la conciencia. Al despertar, sus hombres tuvieron que explicarle lo sucedido. Este se acercó a Adam, al cual mantenían en pie, sujeto por varios soldados y completamente indefenso.

—¡Maldito Bastardo! —dijo mientras le proporcionaba un puñetazo en el estómago que lo hizo doblarse y caer de rodillas al suelo—. Daremos cuenta de lo sucedido al Duque para que reciba su castigo.

—¿Qué hacemos con el chico? —preguntó uno de los soldados.

—Soltadlo. ¿O quieres correr la misma suerte que el bastardo de tu padre?

Aquellos hombres ataron las manos de Adam. Mientras tanto, observaba a su hijo, que todavía permanecía en el suelo inmóvil mirándole.

—No te preocupes, William, volveré pronto. Cuida de tu madre en mi ausencia.

El pequeño se quedó contemplando cómo se llevaban a su madre a rastras. Unos segundos después, el silencio se hizo en el salón y comenzó a reaccionar.

—¡Mamá! —dijo lanzando un desesperado grito. No hubo respuesta. Volvió a gritar aún más fuerte, pero fue inútil.

El dolor de su cuerpo no le impidió arrastrarse hasta la habitación donde dormían sus padres. Allí estaba Daisy, tendida en la cama, medio desnuda. William le cubrió su cuerpo con la sábana y acarició el rostro de su madre, que permanecía inmóvil y con la mirada perdida. Se recostó junto a ella y, momentos después, William comenzó a sentir la espalda y el rostro dolorido. Su madre finalmente quedó dormida sin pronunciar una palabra de lo sucedido. Aquel fue el último día de su feliz infancia.

Apenas había amanecido, cuando William se levantó para ir a la cocina. Abrió la alacena y cogió un paño donde colocó un buen trozo de pan y otro de queso, envolviéndolo todo con sumo cuidado. Luego le ató un nudo y se lo cargó al hombro. Tomó el camino a la pequeña ciudad de Bradford, atravesando montañas, senderos y ríos para llegar. Cuando el sol alcanzó su máximo esplendor, entró en la ciudad. Ya dentro de ella, el tumulto era más que evidente. Apenas se podía caminar, y había que apartarse del camino de las carretas, las cuales no se paraban al paso de la gente. El mercado se encontraba en el centro de la ciudad, donde una amplia variedad de puestos ofrecía toda clase de artículos, como verduras, frutas, carnes, ropa, espadas y cuchillos. El bullicio de gente era considerable, y había que pisar con cuidado, porque el excremento de los caballos estaba presente en algunos lugares de la calle.

Sí, había llegado a la gran ciudad, pero se sentía perdido en medio de tanta multitud. Estaba desesperado y hambriento. Apenas había probado unos bocados de pan y queso. No quería comerlo todo, ya que su intención era reservarlo para dárselo a su padre.

Imaginaba que, si estaba detenido, quizás no le hubieran dado nada de comer.

Se sentó fuera de una casa en el segundo peldaño de los tres que poseía la escalera de acceso a la vivienda. La gente pasaba por delante de él sin prestarle ningún tipo de atención. Entonces, le sobrevino el desánimo por unos instantes. Agachó su cabeza colocándola en su regazo hasta que una mujer bastante joven se acercó y le habló con mucha dulzura. Él levantó su mirada y ella le preguntó si se había perdido o necesitaba ayuda, así que William, con desesperación, le explicó lo ocurrido con los soldados del Duque. Ella puso atención a sus palabras hasta que este llegó al final de su relato. Luego, con ternura, acarició el inocente rostro del pequeño mientras maldecía a los hombres que habían cometido tal tropelía contra su familia. La mujer se hacía una idea de a dónde, posiblemente, hubiesen llevado a su padre.

—Eres un muchacho muy valiente. Seguro que lo tendrán en las mazmorras del castillo de Bradford.

Ella tendió su mano y le ayudó a levantarse. Luego comenzó a explicarle el camino que debía seguir para llegar al lugar. William escuchó atento sus indicaciones y, al terminar, aquella buena mujer se despidió de él deseándole buena suerte y besándolo en la frente.

Después de caminar durante diez minutos atravesando la ciudad, finalmente se encontró frente al castillo, situado a las afueras, cuya estructura había sido construida sobre un montículo de piedra caliza. Este había pertenecido a los antepasados del Duque de Bradford, pasando de generación en generación. William se presentó frente a la puerta, donde varios soldados custodiaban la entrada. Les pidió amablemente que lo dejaran pasar para ver a su padre, que había sido detenido ayer. Los soldados se rieron de él y lo echaron a empujones cayendo al suelo y dejando su rostro embarrado. El oficial al mando de la guardia lo observaba todo desde lejos. Se acercó a sus subordinados preguntando el motivo del escándalo. Le explicaron la intención de aquel mocoso y, sin mediar palabra, el oficial se dirigió al lugar donde William permanecía en

el suelo. Para sorpresa de los dos soldados, este ayudó al pequeño a ponerse en pie y luego se dirigió a ellos.

—Como volváis a ponerle una mano encima a este crío, juro que os despellejo vivos.

William se limpió el barro de su cara con las mangas de la camisa. Tenía sus esperanzas puestas en que aquel hombre lo llevase a las mazmorras del castillo para ver a su padre.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—William Dalmiel, señor.

—Tú debes ser el hijo del detenido que trajeron ayer. Ven conmigo.

Se colocó tras aquel hombre, que daba la impresión de ser una persona bastante fuerte, y comenzó a caminar dos pasos por detrás. El oficial era de origen escocés, con el cabello y la barba pelirroja. Se adentraron en el castillo atravesando varias puertas, hasta que comenzaron a bajar a las mazmorras. Conforme descendían, la claridad del sol empezaba a desaparecer, dejando paso a la pobre luz de algunas antorchas, por lo que había que fijarse en el suelo para no tropezar. El pasillo que llevaba donde recluían a los presos estaba cubierto de moho y se empezaba a percibir un penetrante olor nauseabundo.

Había media docena de celdas y un único preso: su padre. El oficial abrió la puerta dirigiéndose al recluso para informarle de la visita. Adam se encontraba en un rincón apartado de la tenue luz que penetraba por el pasillo hasta que escuchó como alguien lo llamaba.

—Papá, ¿estás aquí? —se levantó rápidamente y corrió al encuentro de su hijo. Tuvieron que pasar unos instantes para que los ojos de William se adaptasen a la escasa luz y poder ver el rostro de su padre. El oficial extrajo una vela de su cintura, la prendió y colocó en un rincón del suelo. Luego salió cerrando la puerta de la celda y, tras los barrotes, se dirigió a ambos.

—Os dejaré a solas. Volveré más tarde —dijo mientras se marchaba.

El pequeño le entregó lo envuelto en el paño que con tanto cariño le había preparado, no sin antes pedirle perdón, pues durante el viaje tuvo hambre y cogió un poco de pan y queso. Su padre, con una sonrisa, le dijo que allí daban tres comidas al día, así que animó a su hijo a que se lo comiera todo. Pero William se negó en rotundo, alegando que se podían olvidar algún día de bajársela y entonces podría dar buena cuenta de lo que le había traído.

Estuvieron durante un largo rato hablando. Su padre le preguntaba una y otra vez por su madre, pero su hijo le explicó que no había pronunciado palabra en toda la noche, y que ni siquiera sabía que había venido a verlo. Le prometió que intentaría buscar el modo de traerla con él mañana. Alguien se aproximaba por el pasillo con una antorcha en la mano. A medida que se elevaba el sonido de los pasos, la claridad de la luz se hacía más patente en el interior. Se trataba del oficial, el cual colocó la antorcha en un hueco de la puerta y abrió la celda.

—Se ha terminado la visita por hoy, pequeño.

Adam le mostró su agradecimiento dándole las gracias a aquel buen hombre.

—He preguntado el motivo por el que os han encerrado. Algunos soldados me han explicado lo sucedido, e incluso lo ocurrido con vuestra esposa, y permitidme que os diga que, si me hubiera sucedido a mí, juro por Dios que el tirano de sir Barnett Denson sería pasto de los gusanos. Se os acusa del intento de asesinato de este. En un par de días regresará el Duque y él decidirá, pero, para seros sincero, me inspira poca confianza.

—¿Puedo preguntaros algo? —dijo Adam.

—Preguntad sin temor.

—¿Por qué trabajáis para una persona así? Parecéis un hombre honesto.

—Luché durante años en el campo de batalla. He visto horror, muerte y desesperación. Nos decían que combatíamos por unos ideales, por la libertad. Pero no era así. Luchábamos para satisfacer el ansia de poder y la codicia de los que nos mandaban a matar.

Ahora trabajo para el Duque para sobrevivir y pagar deudas.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Adam.

—Mi nombre es Tiger.

William salió de la celda prometiendo a su padre que regresaría mañana con su madre. Antes de que abandonara el castillo, Tiger lo llevó a la cocina y pidió que prepararan una sopa caliente y un poco de pan para el muchacho. Mientras daba buena cuenta de la comida, comenzó a explicarle un plan para que su madre pudiera entrar en las mazmorras, ya que era consciente de que no dejarían entrar a una mujer. Tiger le contó al chico lo que tenía que hacer al siguiente día. Cuando el sol tocara la torre más alta del castillo, debían esperarlo en la puerta exterior, donde había una figura de piedra en forma de águila. Allí se encontrarían.

William hizo el trayecto de vuelta a casa contento, pese a todo, por haber podido ver a su padre. Ya casi oscurecía cuando llegó a casa. Su madre lo esperaba con gran preocupación y preguntó por su padre. Desde lo ocurrido el día anterior, no había pronunciado palabra alguna. Ni tan siquiera sabía que su marido estaba encerrado en las mazmorras del castillo del Duque. Su hijo le contó lo sucedido: cómo su padre le abrió la cabeza al hombre de la cicatriz en la cara y lo habían detenido por ello. También le explicó su visita al castillo, su encuentro con Tiger y que este tenía un plan para que ella pudiera bajar a la celda donde se encontraba.

Comenzaba a amanecer, y Daisy preparaba un pequeño macuto con comida para el camino y para su esposo. Un poco de pan, carne en salazón y una botella de vino para Adam. Echaron a andar nada más salir el sol, pues debían llegar a medio día según lo planeado y regresar antes de que oscureciera. No era muy seguro transitar en la noche por aquellos caminos infestados de gente de mala calaña. El trayecto hasta la ciudad se presentó tranquilo y llegaron a falta de poco para que el sol tocara la torre indicada por el oficial.

Madre e hijo se colocaron bajo la puerta junto al águila de piedra. Permanecieron allí a la espera del oficial, que no tardó en aparecer, como estaba previsto. William le presentó a su madre y este

le dedicó una cordial sonrisa. Tiger traía consigo una sotana de fraile y pidió a Daisy que se la pusiera. Mientras se la colocaba, le explicó lo que debía decir a los hombres que custodiaban la entrada. Luego, los tres se separaron dirigiéndose al lugar por caminos diferentes.

William llegó a la puerta del castillo, donde varios de los soldados evitaban la entrada. Se interpusieron impidiéndole el paso hasta que a lo lejos el oficial les ordenó que lo dejaran pasar, por lo que desistieron en su hostilidad permitiéndole la entrada sin ninguna objeción. El pequeño se aproximó a Tiger, colocándose a su lado y este le indicó que esperase allí junto a él hasta que apareciera su madre. Unos minutos más tarde, un monje cabizbajo con capucha se acercaba al castillo. Al llegar a la altura de los que custodiaban la puerta y sin levantar la cabeza, se dirigió a ellos.

—Dios os bendiga. Que la paz del Señor esté con vosotros.

Se presentó como un franciscano del convento de los leprosos que venía a ver al preso. Los soldados, atemorizados al oír que trataba con gente que tenía aquella enfermedad, dieron un paso atrás.

—¿Qué llevas en el macuto, fraile? —preguntó uno de ellos.

—La palabra de Dios y algunas velas para arrojar un poco de luz en la oscuridad.

Saber que aquel monje trataba con leprosos, fue suficiente para que ni tan siquiera se acercasen a registrarlo. Optaron por avisar al oficial que esperaba en la puerta del interior.

William y Daisy, acompañados por Tiger, bajaron a aquel lugar húmedo y de olor nauseabundo. Adam se puso en pie en la penumbra cuando escuchó la proximidad de unos pasos. Alguien se acercaba portando una antorcha que ya comenzaba a arrojar luz en aquella fría y oscura celda. Daisy, al ver a su esposo, no pudo evitar las lágrimas. Tiger abrió la puerta de la celda y Adam abrazó a su mujer. William miró con una sonrisa a Tiger, que había quedado conmovido por la escena. Al darse cuenta de que el pequeño lo observaba, se pasó un brazo por los ojos queriendo disimular la emoción que sentía.

—Bueno, os dejaré solos —dijo mientras cerraba la puerta y se marchaba.

Varias horas después, el oficial bajó a las mazmorras. Al parecer le habían informado de que el Duque regresaría esa noche, por lo que era probable que mañana dictase su castigo con respecto a Adam.

—Estaría bien que vuestra esposa pidiera audiencia con él para que interfiriera por vos.

—Así lo haré —dijo Daisy dándole las gracias.

Al regresar a casa, su esposa tenía la esperanza de que al día siguiente se arreglase todo. Se había propuesto hablar con el Duque de lo sucedido. Intentaría explicarle cómo sir Barnett Denson la había ultrajado. Confiaba en que Marlon, Duque de Bradford, sería una persona magnánima. Así que, con la tranquilidad de sus pensamientos, ella y su hijo se fueron a dormir llenos de esperanza.

Se despertaron con el sonido del gallo antes del amanecer. Querían estar listos para que, en cuanto el sol diera sus primeros rayos, emprendiesen el camino a la ciudad. Tomaron un buen desayuno que le diera las fuerzas suficientes para no parar hasta llegar. Daisy quería solicitar audiencia con el Duque lo antes posible. Apuraron el paso de tal manera que, antes del mediodía, entraban en la ciudad. La gente andaba alborotada. Parecía que todos iban y venían de un mismo lugar. Una mujer mayor bajaba la calle abajo mirando al suelo y rezando. Daisy la detuvo poniéndole su mano en el hombro y dirigiéndose a ella.

—¿Qué es lo que ocurre? —la mujer levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Hace un momento han ahorcado a un pobre hombre acusado de intento de asesinato.

Daisy, al escuchar aquellas palabras, se desvaneció cayendo al suelo. Al despertar, se encontró rodeada de gente. Las personas allí presentes la ayudaron a levantarse. Algunos preguntaron si se encontraba bien. Ella se dirigió a todos con gratitud y, sin más dilación, cogió la mano de su pequeño, comenzando a andar en la

misma dirección por la que momentos antes bajaba aquella mujer rezando.

El patíbulo estaba rodeado de los soldados del Duque de Bradford, y su esposo permanecía inerte colgado de la soga. Daisy se llevó sus manos a la cara, llorando amargamente. Su hijo no pronunció palabra, pero su rostro se llenó de odio y su mirada se clavó en una persona que se encontraba en las escaleras que accedía al patíbulo. Cómo olvidar a aquel hombre con la cicatriz en la cara... El pequeño dio la vuelta y se acercó a uno de los puestos, robando un cuchillo sin que nadie se percatara. Luego se abrió paso entre la multitud, dirigiéndose a Barnett con actitud firme y sin titubear. Faltaban unos metros para tenerlo de frente, cuando alguien lo sujetó tirándole de la camisa y quitándole el puñal de su mano sin que nadie lo viera; se trataba de Tiger.

—¿Dónde está tu madre? —quiso saber este.

Ya no iba vestido de oficial, pues esa misma mañana había renunciado a su cargo. Cogió a William de la mano y fue en busca de su madre. Ella permanecía allí, mirando desconsoladamente a su esposo y rodeada de una pequeña multitud de curiosos que observaban el cuerpo colgado de Adam. Tiger pasó su mano por el hombro de aquella mujer que se encontraba rota por el dolor.

—Lo siento, Daisy. Será mejor que nos vayamos. No nos dejarán bajar su cadáver hasta mañana.

Tiger les ofreció quedarse esa noche en la casa donde él vivía, cerca de allí. Sabía que aquel era un momento muy difícil para ellos, pero al menos podrían descansar y comer algo hasta el día siguiente que pudieran darle sepultura.

Ya en su casa, les explicó lo sucedido. El Duque había llegado la noche anterior y, por la mañana temprano, lo llevaron ante él para que lo juzgase.

—El malnacido de sir Barnett Denson acusó a tu marido de haber intentado asesinarlo. El argumento de Adam fue que había abusado de ti, pero parece ser que eso al Duque no le importó

demasiado e impartió su propia justicia. Ordenó que lo ahorcaran de inmediato para que sirviera de escarmiento a los campesinos. Pude hablar con tu marido antes de la ejecución y me dijo que os transmitiera lo mucho que os quería a los dos.

Un grito de dolor y desesperación salió de la garganta de Daisy, que rompió a llorar. William permaneció en silencio. Sus ojos se humedecieron, pero no derramó una sola lágrima. El odio que sentía en aquel momento era más fuerte que su propio dolor. Tiger intentó consolarlos de alguna forma estrechando a ambos entre sus brazos.

A la mañana siguiente, descolgaron el cuerpo sin vida de Adam y lo enterraron con tristeza y amargura. Ya nada se podía hacer y había que regresar a casa. Tiger enganchó su caballo al carromato. Amablemente se había ofrecido a llevarlos de vuelta. Consideraba que era lo menos que podía hacer por ellos. De camino a casa apenas hablaron. Él se preguntaba qué sería ahora de una mujer sola con un niño. Era muy difícil que pudieran sacar adelante aquellas tierras sin un hombre que les ayudara. Pronto llegaría el momento en el que el Duque les exigiría la contribución anual y no podrían hacerle frente.

Tiger decidió prolongar un poco su partida, por lo que se quedó varias semanas con Daisy y el pequeño. Algunos días se llevaba a William por el campo a montar a caballo. Pese a la desgracia de la muerte de su padre, por unos instantes parecía olvidar aquella desdicha y sentirse un poco feliz cabalgando. Pero el llegar a casa y ver a su madre consumida por la soledad le devolvía a la realidad, y aquella alegría se tornaba en tristeza. Intentaban sobrellevar el duro golpe que supuso para ellos la muerte de Adam, aunque la ausencia de un ser querido nunca se supera.

La presencia de Tiger, de alguna forma, aportaba consuelo a aquella familia. Una tarde, sentados juntos en la mesa, le dijo a Daisy que sería mejor para ella y el niño que dejaran aquellas tierras y fueran a Londres. Ella podría trabajar para alguna distinguida señora y el pequeño podría ir a la escuela. Pero Daisy se resistía a

dejar el hogar donde había vivido aquellos años tan felices y tan llenos de recuerdos. Él insistió durante varios días más, poniendo todo su empeño en convencerla. Le decía que era lo mejor para su hijo. En la ciudad podía tener un futuro, pero en el campo... ¿A qué aspiraría? Y cuando llegasen los hombres del Duque, ¿qué podría hacer una indefensa mujer con un niño? Entonces, con disgusto, le recordó la última visita del bárbaro de sir Barnett Denson.

—¿Y tú qué harás? —preguntó ella.

—Había pensado en marcharme a España para enrolarme como marinero. He oído que pagan bien y han aumentado la cantidad de barcos que van y vienen de América, así que iré en busca de fortuna.

Finalmente, ella accedió a marcharse a vivir a la ciudad de Londres. De esta forma, su hijo podría seguir estudiando. Sabía que sola no sería capaz de sacar adelante la próxima cosecha, así que optó por seguir los consejos de aquel bonachón hombre.

Tiger les ayudó con la mudanza. Cargaron en la carreta los últimos enseres y marcharon a la ciudad. Daisy sabía que en el fondo era lo más sensato y tenía que pensar en lo mejor para su hijo.

Partieron a mediodía. Si se daban prisa, podrían llegar a Londres antes del anochecer. William se entristeció cuando, poco a poco, el que había sido su único hogar, se fue perdiendo de vista sabiendo que jamás regresaría. Comenzó a recordar a su padre cuando este volvía por la tarde y entraba en casa con aquella alegría, subiéndolo en sus brazos mientras él le contaba al detalle todo cuanto había aprendido en la escuela. Entonces su padre, con orgullo, le daba un beso y lo apretaba entre sus brazos con fuerza.

Se instalaron en un barrio humilde de Londres. Una pequeña habitación era suficiente para los dos. William comenzó a ir a la escuela y a conocer nuevos amigos, y Daisy no tardó mucho en conseguir trabajo como costurera. Su jefe era un sastre que tenía a varias chicas empleadas y se dedicaba a la confección y reparación de trajes para la nobleza de Londres.

Tiger se había instalado en una habitación dos calles más arriba. Iba a visitarlos casi todos los días.

Ya hacía tres semanas que habían ido a vivir a la ciudad, cuando William, una tarde, al regresar a casa, encontró el caballo de Tiger atado fuera. Algo muy extraño, pues él siempre venía a pie y esto lo sorprendió. Entró en casa y lo vio sentado junto a su madre, que lo miró con cierta tristeza. Presintió que algo pasaba, ya que Tiger siempre lo saludaba sonriendo, y aquél día su cara no mostraba alegría. Se levantó extendiendo sus brazos y estrechó al pequeño, mientras él miraba a su madre preguntándole qué ocurría. Daisy iba a comenzar a hablar, cuando Tiger educadamente pidió explicárselo. Había llegado el día. Esa misma tarde zarparía del muelle de Londres con destino a España. William se había acostumbrado a su presencia, y su marcha supuso otro duro golpe en su corta vida. Jamás olvidaría lo que aquel pelirrojo escocés había hecho por él y por sus padres.

Antes de partir, entregó una bolsa de monedas a Daisy. Ella se negó, pero él insistió en que le haría falta para sacar adelante a su hijo. Tiger fue hacia la puerta y, antes de marcharse, dedicó una última mirada a ambos.

—Cuida bien de tu madre, William.